Efraín David

SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 10 DE ABRIL DE 2005
Turismo 12

OTOÑO TUCUMANO

Desde San Miguel de Tucumán, un itinerario por los Andes Calchaquíes, los valles y los pueblos de montaña del “Jardín de la República”.

El Reino del Millón de Elefantes

POR JULIAN VARSAVSKY

Según la Unesco, Luang Prabang es el poblado antiguo mejor preservado de todo el sudeste asiático y por eso es Patrimonio de la Humanidad. Ubicado en una península en la confluencia de los ríos Mekong y Khan, en 1353 fue la capital del Reino del Millón de Elefantes y aún conserva 33 templos budistas construidos hace unos 500 años. De épocas más recientes, exhibe una serie de edificios franco-coloniales que acentúan su ambiente eurasiático.



A orillas del río Mekong, las casas de Luang Prabang emergen entre las palmeras de la vegetación tropical.

Alrededor del año 1000 los gongs de los monasterios budistas de Luang Prabang retumbaban cada amanecer para recordarles a los fieles que debían llevar las ofrendas de comida a los ascetas que bajaban en procesión desde la montaña. Diez siglos después, el mismo ritual se repite con rigor ancestral: al clarear el día una serie de monjes muy jóvenes, totalmente rapados, aparecen en fila vistiendo túnicas de color azafrán que los remontan al tiempo del Buda. Las mujeres se arrodillan a su paso para ofrecerles arroz con verduras y pollo servidos en cuencos de madera. Esta escena cargada de misticismo se repite día a día en un pueblo de 15.000 habitantes donde 500 de ellos son monjes budistas que viven en un ambiente sereno y sagrado, en el cual cada acto de la vida cotidiana está regido por un ceremonial milenario que todos parecen arrastrar desde la eternidad.

LA GUERRA Y LA PAZ Laos es una pequeña nación del tamaño de Inglaterra donde el tiempo se detuvo en la década del cincuenta, mientras que sus vecinos –Tailandia, China y Vietnam– avanzan sin frenos por el rumbo tecnológico del siglo XXI. Laos es también uno de los países más pobres de Asia, y ostenta además el raro "privilegio" de ser el país más bombardeado de la tierra. Durante la guerra de Vietnam, Laos era supuestamente neutral, pero entre su vegetación selvática corría la línea de abastecimiento del Viet Cong conocida como la Ruta Ho Chi Mihn. A lo largo de 9 años seguidos una bomba norteamericana cayó sobre Laos cada ocho minutos, un total que supera las que fueron arrojadas sobre todos los países que intervinieron en la Segunda Guerra Mundial.

La victoria de Vietnam en la guerra impulsó en Laos el triunfo de una revolución socialista dirigida por el partido Pathet Lao, que se hizo cargo de un país devastado hasta sus cimientos. Pero lo más curioso de todo esto es que en los últimos años el gobierno socialista ha hecho un vuelco en su política de Estado y ahora promueve el budismo al tiempo que aplica una economía de mercado. Hoy en día Laos se ha convertido en un país pacífico y hospitalario que hace apenas una década se ha abierto al turismo. Y no sería exagerado decir que la mayoría de sus habitantes viven inmersos en la tranquilidad contemplativa del budismo.

EN LA RUTA DE LA SEDA Si Laos y su capital Vientiane son el paradigma de ciudad indochina de los cincuenta –compartiendo con Saigón los aires coloniales afrancesados–, en el poblado norteño de Luang Prabang el tiempo parece haberse detenido mucho antes.

Según los expertos de la Unesco, Luang Prabang es el pueblo antiguo mejor conservado del sudeste asiático, con una arquitectura budista que se remonta hasta los comienzos del siglo XVI, combinada con el estilo colonial francés de la década del cincuenta del siglo XX. Las razones por las cuales Luang Prabang se preservó son –como casi siempre– fortuitas, ya que todo se explica por el aislamiento geográfico y también político de un lugar al que hasta hace muy pocos años sólo se podía acceder por el río. En la actualidad los caminos no han mejorado mucho, pero se ha agregado la alternativa del avión. Como resultado, a diferencia de las ciudades asiáticas del siglo XX, aquí no hay multitudes, ni autos abarrotando las calles, ni polución. Es una típica aldea asiática congelada en el pasado.

El antiguo esplendor de Luang Prabang se debe a que en 1353 el rey Fa Ngum fundó aquí el reino de Lan Xang ("del Millón de Elefantes"), cuya riqueza estaba ligada a su ubicación estratégica en un cruce de la Ruta de la Seda. Además de sus monumentos budistas más antiguos –como la gigantesca stupa That Makmo, levantada en 1503–, Luang Prabang fue embellecido en el siglo XIX con unos 60 templos-monasterios que desarrollaron un estilo muy singular con techos a dos aguas y dos o tres tejados curvos superpuestos, que en algunos casos terminan muy cerca del suelo. De los templos originales quedan 33 (una desproporción para un lugar tan pequeño) y también 111 edificaciones de estilo laosiano-francés, un legado de la colonia. Luang Prabang está en una península montañosa que ingresa en la confluencia de los ríos Mekong y Khan, donde los templos afloran semi escondidos entre una vegetación tropical con centenares de palmeras sobresaliendo por encima de las casas.

XIENG THONG En 1560 el rey Say Setthathiarath hizo construir en el extremo de la península de Luang Prabang un conjunto de templos y santuarios llamado Xieng Thong, a los que se considera el punto más alto del arte tradicional religioso de Laos. El templo principal es el prototipo del arte laosiano, con su techo a dos aguas descendiendo a cada costado con la elegancia de las alas de una paloma. En los extremos del techo cuelgan unas campanitas que tintinean mecidas por el viento y las paredes están decoradas con incrustaciones de cristales de colores.

En uno de los templos secundarios hay un Buda gigante de bronce que posa recostado, lanzando una mirada condescendiente que parece seguir al visitante desde que entra hasta que sale del templo. En otras capillas la imagen de Buda tallada en toda clase de materiales parece multiplicarse como en un cuento de misterio, mientras que en la pared descansan desde hace siglos unos códices medievales escritos en sánscrito que relatan la historia del príncipe Siddharta. Pero el más curioso de los edificios es uno que alberga una barcaza funeraria recubierta de oro. La última vez que se la utilizó fue en 1959 cuando luego de varios meses de muerto, el rey pudo ser cremado previa autorización de los astrólogos. El cadáver fue llevado en la barcaza con ruedas por las calles del pueblo hasta un pequeño estadio de fútbol y su cuerpo se incineró ante los ojos de todos los pobladores reunidos para la ocasión.

300 ESCALONES En el centro mismo de Luang Prabang se levanta el monte Pousí, una colina de 150 metros de altura con escalinatas y santuarios budistas rodeados de un misticismo que envuelve hasta al más racional de los occidentales. La ascensión al monte Pousí por los trescientos escalones que conducen a la cima es una especie de peregrinaje budista que simboliza el camino al nirvana. En el trayecto hay pequeños santuarios y árboles sagrados que son el preludio del templo de That Chom Sii y su asombrosa stupa dorada que se divisa desde casi todo el pueblo. El templo data de 1802 y a su alrededor hay estatuas al aire libre colocadas sobre las rocas junto a pequeñas cavernas. Y así como el gran Templo Dorado de la capital Vientiane vendría a ser un relicario que alberga un diente de Buda, en este templo se exhiben unas huellas que se dice habrían sido impresas por el pie de aquel príncipe que se convirtió en asceta y más tarde encontró el "camino medio" en las bondades armoniosas de la vida.

EL PALACIO REAL A comienzos del siglo XIX, el reino de Siam (actual Tailandia) –que dominaba Laos– cedió ese territorio a los franceses, quienes pasaron a manejar los hilos del poder dejándole al rey de Laos un papel decorativo que compensaron con la construcción de un ostentoso palacio. Unos pocos centenares de franceses alcanzaban para controlar el reino, donde la principal exportación nacional era el opio.

Con la revolución socialista la monarquía fue abolida y la familia real terminó deportada a un campo de reeducación. El palacio fue convertido en Museo Nacional donde se exhiben los tesoros reales. Allí está la representación más sagrada que existe de Buda para los laosianos, una estatua de 83 centímetros de alto, forjada en oro hace unos dos mil años en Sri Lanka. Su nombre es Prabang –de allí la denominación del pueblo– y llegó a Laos en 1349 como un regalo del emperador Khmer de Camboya para el rey laosiano Fa Ngum. Esta estatua es considerada por la mayoría de los laosianos como la principal fuente de protección espiritual para el país. Entre los tesoros del palacio real hay dragones tallados en marfil, Budas de piedra de todos los


Los techos superpuestos a dos aguas de los templos budistas laosianos.


Serpientes multicéfalas custodian las escalinatas de entrada al palacio real.

tamaños y hasta una piedra lunar obsequiada por Richard Nixon y un rifle con perlas incrustadas que regaló Leonid Brezhnev.

VIDA CONTEMPLATIVA

Luang Prabang es un lugar impregnado de misticismo hasta sus entrañas. Allí el ritmo de vida de sus pobladores fluye con la misma lentitud dorada que refleja el río Mekong cada atardecer. Un viajero que quiera sentir Laos con intensidad deberá abandonar su hotel y su guía para salir a caminar a la deriva. Alejándose apenas un kilómetro estará en medio del campo entre verdes plantaciones de arroz que traspasan el infinito. Allí las casas están elevadas a un metro del suelo sostenidas sobre pilotes de madera. Y en el camino el viajero se cruzará con cazadores que regresan del bosque con primitivos rifles –casi tan largos como sus cortos cuerpos–, para dirigirse al mercado donde rige la ley del trueque. Junto al río probablemente se encontrará con un grupo de monjes soltando a la deriva un bote de madera colmado de velas encendidas para conmemorar el fin de la estación de lluvias.

Así es la vida contemplativa de estas personas cuya filosofía innata aspira a eliminar el sufrimiento mediante la supresión del deseo de cosas mundanas y materiales. A simple vista –aun con muchas carencias– las personas del pueblo parecen vivir plenamente cada momento de su vida. Y para el visitante, el enigma de Laos es tratar de descubrir la fibra más íntima de esta otra racionalidad –inalcanzable por derecho propio para nosotros occidentales–, que se pone de relieve en la sencillez de los quehaceres del campo, en el acto sutil y trascendente de salir a caminar por un jardín. Es el placer del rito por el rito mismo, alimentado por una luz perenne que para ellos se encierra en el pequeño éxtasis de un instante ✹


El ambiente de fábula, con jardines y capillas, de Xieng Thong.

TUCUMAN *De la capital a los valles*

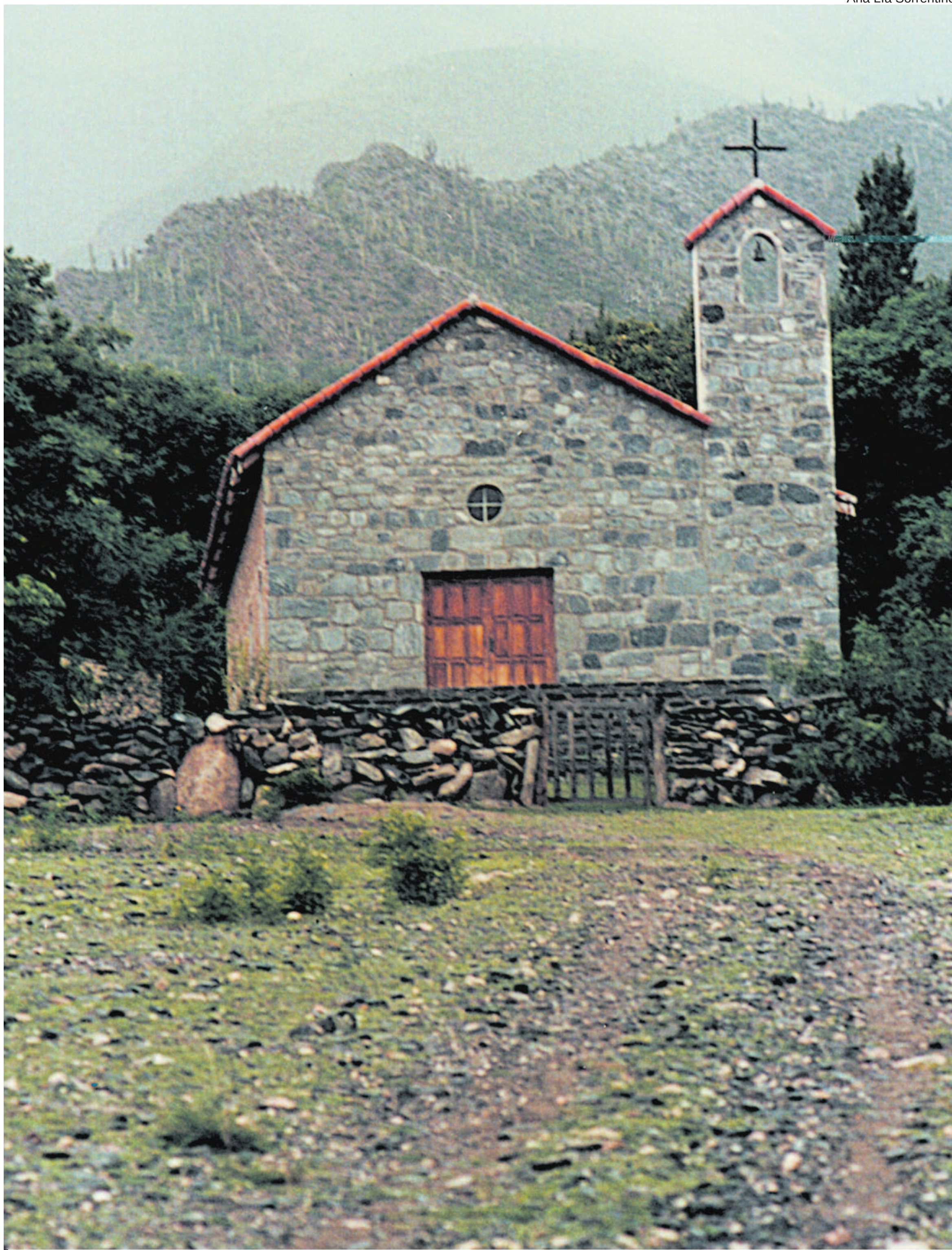
Otoño en el jardín del país

Puerta de entrada al norte, la Puna y las quebradas, la pequeña provincia tucumana es un compilado de historia y paisajes para recorrer en cualquier época del año. Desde San Miguel de Tucumán, un itinerario por los Andes Calchaquíes, Tafí del Valle y los pueblos de montaña del "Jardín de la República".

POR GRACIELA CUTULI

Entre llanuras y montañas, Tucumán es un condensado de todo el Noroeste. Sus paisajes están marcados por una cambiante naturaleza, pero tienen en común el haber compartido una larga historia. Desde las calles mismas de la capital provincial hasta las ruinas de Quilmes, en los Andes Calchaquíes, el pasado devela sus recuerdos y vestigios en cada rincón del pequeño "Jardín de la República". Puerta de entrada al norte, la puna y las quebradas, Tucumán es también un destino con muchos y variados atractivos. En la ciudad, los museos y los paseos permiten conocer una Tucumán celebrada por motivos a veces estereotipadamente patrióticos, pero que tiene facetas mucho más complejas y variadas para mostrar. En Tafí, los impresionantes menhires no dieron a conocer todavía todos sus secretos, y son uno de los legados más sorprendentes de las civilizaciones prehispánicas de la Argentina. En Simoca, entretanto, una feria ya conocida en todo el país sorprende a los visitantes con una atmósfera de antaño. El tiempo también parece pasar con más lentitud en los pueblos de montaña, como Amaichá, donde se dice que se hacen las mejores empanadas del país. El Jardín de la República, como sigue siendo pese a las crisis que golpearon su economía, tiene una silueta que se parece a la de un corazón en el mapa argentino. No deja de latir en los recuerdos de quienes lo visitan, entre selvas y campos de cañas de azúcar, represas de aguas tan azules como los cielos, montañas donde los cardones recuerdan siglos y siglos de historia, y calles donde el tiempo apacigua su ritmo.

Ana Lía Sorrentino



En Colalao del Valle, la sencilla iglesia de piedra del Pichao.

LA CIUDAD DE LA CASA Tucumán capital tiene dos fundaciones y tres universidades, pero muchas veces se la reduce a una sola casa, "la" Casa... Sin embargo, en sus cuatro siglos y medio de historia la ciudad tiene mucho más para mostrar y ofrecer, además de la Casa de la Independencia. Fue fundada una primera vez en 1565 por Diego de Villarroel y trasladada a su sitio actual durante la segunda fundación, en 1685, por Fernando de Mendoza y Mate de Luna. El trazado inicial de la ciudad colonial se puede ver en torno a la plaza central, la plaza de la Independencia. Las calles del núcleo original, más estrechas, contrastan con las más anchas y los bulevares de las cinturas urbanas que agrandaron Tucumán desde el siglo XIX.

En esta plaza se encuentra una estatua alegórica de la Libertad, obra de una de las hijas más famosas de la ciudad, Lola Mora. A su alrededor se levantan algunos de los principales edificios coloniales, empezando por la Catedral, que hay que visitar por su rico interior adornado en un estilo neoclásico. Allí están las tumbas de figuras clave de la historia tucumana: José Eusebio Colombres, el sacerdote que impulsó y desarrolló la industria azucarera en la provincia, el sacerdote Miguel Moisés Aráoz, y el general Gregorio Aráoz de Lamadrid.

Por supuesto, no se puede pasar de visita por Tucumán sin conocer la Casa Histórica de la Independencia. Se encuentra muy cerca de la plaza, y fue propiedad de "doña Francisca Bazán de Laguna", tal como se aprende en los manuales de historia. Su fachada es la más famosa del país, y la postal habitual de la ciudad de Tucumán. Las réplicas y casas más o menos inspiradas en sus famosas columnas son incontables, a lo largo y ancho del país. Como muchos otros monumentos nacionales, las idas y venidas de la historia repercutieron en esta casa: en realidad, la que conocemos hoy es una réplica de la original, demolida en 1902. Reconstruida en 1943 en el estilo original, conservó sin embargo el salón de la jura de la independencia, donde se conservan las famosas pinturas del Congreso tucumano. Los trabajos de reconstrucción fueron obra del arquitecto Buschiazzo, que trató de seguir lo más fielmente posible la casa original, gracias a fotos y planos. El patio central tiene un aljibe, y los salones reflejan cómo era la vida en tiempos de la colonia en una casa de familia adinerada. Por las noches, los patios e interiores resuenan con un espectáculo de luz y sonido que hace revivir el crucial momento que se desarrolló en este lugar en 1816, hace ya casi dos siglos. En Tucumán hay que ver también el Museo Histórico Provincial, conocido como la "Casa de Avellaneda", la primera casa de dos pisos de Tucumán y morada natal de Nicolás Avellaneda. Sus salas presentan colecciones de piezas arqueológicas encontradas en el sitio de la primera fundación. La Casa Padilla es otro de los atractivos de una ciudad decididamente volcada a las casas... Se trata de una casa chorizo, restaurada y convertida en museo. Otro museo importante es el Folklórico, instalado en lo que fue la casa del obispo Colombres.

Luis Presti



Una artesana de los valles teje con ancestrales técnicas en su antiguo telar.

EL VALLE DE LOS MENHIRES A poca distancia de la ciudad, y en los primeros pliegues de los Andes, el sitio de Tafí es uno de los más singulares que dejaron las civilizaciones prehispánicas. Sin que su uso o su función sean conocidos con certeza hoy en día, los pobladores de los valles tucumanos levantaron allí decenas de grandes menhires de roca. En realidad, no en el sitio donde se los puede ver ahora. Una vez más, la actualidad no refleja el pasado. Los menhires fueron sacados de su emplazamiento original y recolocados en el sitio actual. Por lo menos, existen relevamientos muy fieles de su emplazamiento y sus disposiciones originales.

El parque de los menhires está a unos 2000 metros de altura, en el Valle de Tafí, rodeado de cumbres que sobrepasan los 3000 metros de altura. En medio de este valle está la represa La Angostura, un lago artificial de 800 hectáreas. Su creación fue la causa del desplazamiento de los menhires, cuyo sitio original se encuentra ahora bajo las aguas. Así los menhires fueron reagrupados en el parque actual, pero desgraciadamente sin respetar las posiciones originales entre unos y otros, que son en total 129. Algunos están esculpidos, en tanto otros son simples moles de roca alargada, como tablas plantadas en el suelo. La cultura tafí, que los levantó, fue una de las precursoras en esta región de los Andes en lo que hace al uso y fabricación de cerámicas, crianza de llamas y cultivos. El apogeo de esta cultura tuvo lugar a principios de nuestra era, pero se piensa que los menhires pueden ser más antiguos aún y haber sido levantados hace 2500 años.

El motivo de la existencia de estos menhires no es seguro, aunque es muy probable que sea por motivos religiosos. En algunas de estas piedras se pueden ver restos de pinturas rupestres, pero desgraciadamente conviven con graffitis que dejaron como recuerdo turistas poco delicados de paso por el parque. Quizá sus garabatos tengan algún valor arqueológico en tiempos futuros, pero por ahora se puede hablar más bien de degradación.

Muy cerca del parque, el pueblito de Tafí del Valle, de unos 2500 habitantes, fue fundado en el siglo XVIII como una colonia jesuita. La capilla jesuítica –levantada en 1718 y declarada Monumento Histórico Nacional– se encuentra en La Banda, un "barrio" del pueblo. Se puede visitar, así como algunos edificios de los siglos XVIII y XIX. Actualmente, el conjunto edilicio de la estancia es un museo histórico y arqueológico, que protege piezas de cerámica de la cultura tafí y pinturas del período colonial.

Para conocer mejor las dos culturas tafí (la primera fue la que levantó los menhires y la segunda, posterior, se extendió desde el tercer siglo a.C.

>>>

Patricia Bertini

La represa La Angostura, un lago artificial de 800 hectáreas, está en medio del Valle de Tafí.

Sergio Quiroga



Los cardones crecen sobre las terrazas de piedra de las ruinas de Quilmes.

DATOS UTILES

- Casa de Tucumán en Buenos Aires: Suipacha 140, tel.: 4322-2564.

- Secretaría de Turismo de Tucumán: 24 de Septiembre 484, San Miguel de Tucumán, tel.: (0381) 422-2199.

- Casa del Turista en San Miguel de Tucumán: Av. 24 de Septiembre 484, tel.: 0381-4311-472.

- En Amaichá: la Casa de Piedra está abierta desde las 08.00 hasta las 18.00 todos los días.

- El Observatorio de Ampimpa: *www.turismoentucuman.com/ampimpa.*

- Las Ruinas de Quilmes: el museo está abierto todos los días de 08.00 a 18.00 y las ruinas se visitan en invierno de 09.00 a 17.00 y en verano de 08.00 a 19.00.

- Parque de los Menhires: las visitas son libres y no se cobra derecho de acceso.

Ana Lía Sorrentino



El parque de los menhires está a unos 2000 metros de altura, en el Valle de Tafí, rodeado de cumbres.

<<<

hasta el siglo X de nuestra era y fue seguida por la cultura santamarina, que se desarrolló alrededor del año 1000), así como el sometimiento de los pueblos del valle del Tafí a los incas (poco antes de la llegada de los españoles) hay que ver, además del museo de La Banda, el de La Bolsa, unos kilómetros al norte de Tafí del Valle. En la Bolsa hay ruinas de un asentamiento indígena, con vestigios de viviendas.

SIMOCA Y SUR Al sur de la ciudad de Tucumán se encuentran grandes plantaciones de caña de azúcar, todo un símbolo provincial. Algunas se visitan, como en Aguilares, la capital del azúcar. El Ingenio Aguilares es uno de los históricos de la provincia: sus edificios de estilo inglés contrastan con los toques tropicales que dan las plantas de caña. Durante la visita los guías son los propios obreros, que mejor que nadie pueden explicar y mostrar las distintas etapas del procesamiento de la caña y la fabricación del azúcar. Cada año, en diciembre, se celebra en esta localidad la fiesta del azúcar, una de las más importantes de la provincia.

Siempre en el sur, Simoca es un pueblito conocido fuera de las fronteras regionales por su feria. Su fundación se remonta a 1613, con un nombre que significa “lugar de paz y silencio”. Cada sábado, esta paz y este silencio se ven sin embargo alterados por una bulliciosa feria, concurrida por gente de toda la región, no sólo para fines comerciales sino culturales, ya que se complementa con recitales y degustaciones de delicias locales. Incluso quien nunca haya puesto los pies en Tucumán ha oído probablemente hablar de Simoca, gracias a la canción “Al Jardín de la República”, de Mercedes Sosa.

No muy lejos se encuentra el sitio de Ibatín, donde fue fundada por primera vez la ciudad de Tucumán, el 31 de mayo de 1565. Se pueden ver todavía los cimientos de algunas de las casas y los principales edificios originales, como el Cabildo. Esperando ser puesto en valor de manera más destacada, este sitio hace remontar a los visitantes hasta las primeras décadas de la presencia europea en el territorio argentino.

Casi en la provincia de Catamarca, al pie de los Nevados del Aconquija, el Parque Provincial El Cochuna es uno de los mejores sitios para conocer la naturaleza tucumana. Cada altura presenta un tipo distinto de vegetación. Exuberantemente tropical en los valles, se enrarece en las alturas, para asemejarse a los paisajes puneños. El parque es hábitat del pecarí de collar, del gato montés y del zorro de monte.

VALLES CALCHAQUIES En el oeste de la provincia, Amaichá del Valle es la puerta de entrada a los valles Calchaquíes. Fue el escenario de varios episodios de luchas entre pobladores indígenas y colonizadores españoles. Si hoy el pueblo es conocido por sus vinos y alfajores, durante la colonia fue conocido por ser la única población de todo el noroeste administrada por indígenas, sin mayores injerencias de los españoles. Los amaichenses de hoy son en gran parte los descendientes de aquellos indios calchaquíes que lograron preservar su autonomía y recibieron los terrenos donde se levanta la ciudad, sobre las 90.000 hectáreas que les otorgó una cédula real (hectáreas de una tierra que en definitiva les pertenecía...). Esta acta de 1716 fue toda una singularidad en los tiempos coloniales, cuando la cruz de los religiosos y los sables de los soldados eran los métodos habituales de los conquistadores para adueñarse de las tierras por todo el continente. La Comunidad Indígena de Amaichá rige hoy todavía de manera informal entre los lugareños, que mantienen vivas las tradiciones prehispánicas y el culto a la Pachamama.

El principal lugar a visitar en Amaichá es la Casa de Piedra, que es a la vez complejo cultural, museo y punto de venta de artesanías. En sus salas se pueden conocer la geología y los yacimientos mineros de la región, y la historia antropológica de los Valles Calchaquíes, con murales, objetos y la reproducción de una vivienda tradicional prehispánica. La Casa es un proyecto impulsado por el artista Héctor Cruz. Para construirla y adornarla se inspiró en las deidades y las tradiciones calchaquíes (la Pachamama, Inti, el dios Sol, y Quillén, la diosa Luna).

LA CIUDADELA DE LOS QUILMES Desde Amaichá, se parte para conocer las famosas ruinas del sitio de Quilmes, una de las ciudadelas prehispánicas mejor conservadas de esta parte de los Andes. Antes de llegar, se pasa por Ampimpa, donde hay un observatorio abierto al público por las noches para realizar observaciones astronómicas. Las ruinas de Quilmes distan unos 25 kilómetros. En otros tiempos, fue una plaza fuerte muy populosa, construida en la falda de una montaña a 1850 metros de altura. Se empezó a levantar a partir del siglo IV de nuestra era y estaba aún en pleno apogeo a la llegada de los españoles. Se estima que, en ese momento, concentraba a unas 3000 personas, y que otras 10.000 vivían en su zona de influencia, en el valle. Fue un importante núcleo del sur del Imperio Inca, y por su nivel de desarrollo los quilmes pudieron resistir con éxito a los españoles durante muchos años. Las guerras calchaquíes se repitieron de 1630 a 1635 y de 1658 a 1667. Luego de la derrota final de los indígenas, los españoles deportaron a las últimas familias hacia el emplazamiento actual de Quilmes, a orillas del Río de la Plata. Hoy, las imponentes ruinas recuerdan el valor de esta civilización y de un pueblo que pudo desarrollar una ciudad con un trazado urbano complejo, defendido por dos fortalezas, desde las cuales se podía controlar todo el valle.

Para entender mejor las ruinas, se puede ver el pequeño museo levantado en el sitio: allí se exhiben algunas piezas encontradas en la zona, recuerdo de la Tucumán de otros tiempos. Y en el vaivén del pasado y el presente, la provincia sueña con proyectarse hacia el futuro desde su silueta con forma de corazón en el centro del país ✺

Daniel Mas



La fuente de la Plaza Independencia ilumina la noche de San Miguel de Tucumán.

Abril en el campo

En la provincia de Buenos Aires existe alrededor de un centenar de establecimientos rurales que se han abierto al turismo. Entre ellos, dos opciones para disfrutar del tibio sol otoñal: una posada cerca de la Capital y una casa de campo en Sierra de la Ventana.


La Encantada. Una posada de 1856 con un gran parque en Capilla del Señor.

En estos tiempos, cada vez es más la gente que opta por el descanso y la buena comida que ofrecen las estancias y casas de campo. Muchos de estos establecimientos han reacondicionado los antiguos cascos, generalmente de paredes de adobe, donde los visitantes pueden recrear la atmósfera rural del siglo XIX y disfrutar de todo el confort del siglo XXI, como en estas dos propuestas que se describen a continuación.

UNA POSADA ENCANTADORA A 80 kilómetros de Buenos Aires, Capilla del Señor es un antiguo poblado ideal para pasar un día de campo. Allí está la posada La Encantada, que también brinda alojamiento para una estadía bien rural. El casco principal, con gruesas paredes de ladrillo y adobe, data de 1856. La fachada presenta un estilo italiano y los techos tienen las tejas originales del siglo XIX, cuando funcionaba aquí la feria de remates de hacienda "Pedro y Antonio Lanusse".

Un extenso parque con un molino y un bosque de eucaliptos centenarios circundan el casco. Rodeados de un césped digno de un campo de golf, crecen árboles de cítricos junto a un pequeño cañaveral, y numerosos pavos reales, vacas lecheras, ovejas y caballos retozan en libertad. Una huerta a salvo de productos químicos es el orgullo de La Encantada, y sus vegetales acompañan las comidas del restaurante, cuyos enormes ventanales ofrecen una panorámica de todo el parque. La gastronomía de esta posada se especializa en platos como pollo con salsa de naranjas (ambos ingredientes producidos en la chacra propia), lomo al champignon (los hongos crecen naturalmente en los jardines) y diversos platos de carne blanca rociada con salsas de hierbas aromáticas como el azafrán. Y como en toda estancia que se precie, los asados al aire libre son un clásico. Para los postres se puede paladear un marquise de chocolate, crépes de ricota, tarta de manzana o un vaso de yogur fresco (todo de producción casera).

Pasar un día de campo en La Encantada cuesta $ 40 (menores de 10 años, $ 20) incluyendo almuerzo y merienda. Pasar el fin de semana (con una noche de alojamiento y pensión completa hasta el domingo a la tarde) cuesta $ 150 (menores de 10 años, $ 60). Incluye dos almuerzos, una cena y dos meriendas. Alojarse con pensión completa de sábado a la mañana a domingo a la mañana cuesta $ 110. Tel.: 02323-492063. E-mail: *laencantada@webnet.com.ar* - *www.posadalaencantada.com.ar*


La Nancy. Una combinación de descanso y actividades en Sierra de la Ventana.

EN LAS SIERRAS A 60 kilómetros de Sierra de la Ventana, la Casa de Campo La Nancy abrió sus tranqueras para alojar turistas en un punto geográfico ideal para recorrer las sierras y el Parque Provincial Ernesto Tornquist. En las afueras de la localidad de Goyena, un desvío de tierra que nace en la Ruta 33 lleva hasta la tranquera de La Nancy. Esta Casa de Campo es el centro de una estancia de 400 hectáreas. Salvo el casco, no se ve ninguna otra construcción ni torre de luz alguna en el horizonte sino un verde infinito que se pierde en la llanura pampeana.

Aunque la estancia es del año 1887, el casco es de 1927. El aroma de los eucaliptos en brasas de las salamandras impregna cada recoveco de esta casona donde se pueden ver algunas reliquias familiares, como una vitrola del escritor Ezequiel Martínez Estrada, quien vivía cerca de La Nancy y era amigo de los dueños. A las 6 de la tarde –la hora del té–, la mesa está servida con pastelitos criollos de dulce de batata y budín casero recién sacado del horno.

La Nancy dispone de 7 habitaciones muy espaciosas con piso de madera y antiguas camas de roble. A la hora de la cena, los huéspedes se reúnen alrededor de la gran mesa del comedor para disfrutar del menú. Entre los platos que se preparan figuran los crépes de espinaca y la pata de cordero a las hierbas. Nunca falta un asado durante algún almuerzo, o los tallarines amasados a mano. Un buen vino acompaña las comidas y para los postres se sirve crema catalana, flan casero o huevos a la nieve.

Durante la noche, el silencio campestre de La Nancy es casi absoluto. El vidrio de las ventanas se empaña y apenas se oye el crepitar de las brasas de una salamandra junto a la cama, y el chistido apagado de una lechuza. A la mañana, luego del desayuno, hay quienes eligen dar un paseo en sulky o una cabalgata por los campos sembrados de soja, trigo y girasol (también se produce ganado ovino y porcino). En el jardín hay unas cómodas hamacas atadas entre los árboles, y del otro lado de la casa está la cancha de bochas. Los amantes de la pesca pueden ir a una laguna cercana a Puán que es pródiga en pejerreyes. Y los golfistas disponen de una de las mejores canchas del país, cerca de Sierra de la Ventana. Informes y reservas a los tel.: 4824-9452 / 15-4936-4010.
E-mail: *martisusana@netizen.com.ar*
Sitio web: *www.lanancyestancia.com.ar*

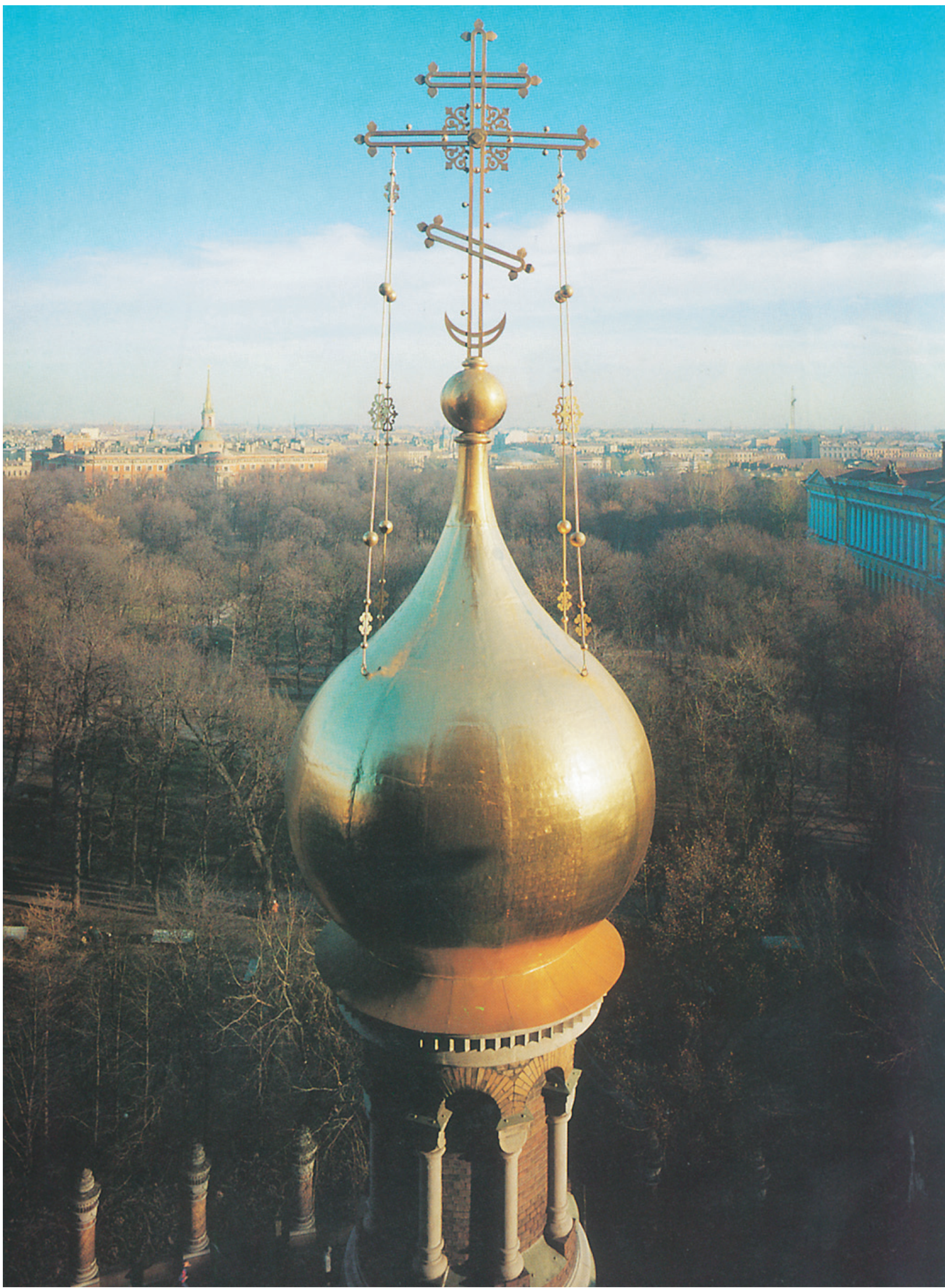
POR IGNACIO VIDAL-FOLCH *

El mes de junio es la estación de las noches blancas, esa temporada en que el sol apenas desciende por debajo el horizonte; el día es tan largo que la noche dura unas horas –"el transparente ocaso de tus noches de fulgor sin luna", según *El jinete de bronce*, de Pushkin; es el monumento literario petersburgués por excelencia y hay versión española en Ediciones Hiperión–, y ni siquiera es una noche verdaderamente oscura. Para Dostoievski, las noches blancas eran un irritante, un excitante del espíritu, una invitación irresistible a la angustia y al insomnio. (...)

LARGOS DIAS DE VERANO

Hoy, las noches blancas son la puerta a la estación más propicia al turismo. La ciudad parece más abierta, menos imponente. El inmenso cielo, en el que se clavan las agujas doradas que rematan las torres de las basílicas, cobra una luz específica, con matices y fulguraciones azules, rosas y amarillas que en la tela de un acuarelista o en fotografía es cursi, pero in situ corta el aliento. Por los canales circulan los botes cargados de extranjeros, viva sugerencia de que hay otros sitios en el mundo donde la vida es fácil y tontorrona. Para ellos, en las plazas se instalan las orquestinas de músicos de fortuna. Los chicos se bañan en la playa de la isla de los Conejos, al pie de los muros imponentes de la formidable fortaleza. Otros toman el sol apoyados contra los kilométricos malecones de granito del Neva. La eminente Academia de Música prepara para esta época su programa de conciertos más especial. Durante el verano se celebran dos o tres festivales de cine, uno de ellos titulado "Mensaje para la humanidad". En el famoso teatro Mariinsky, corazón cultural de la ciudad, se celebra el Festival de las Noches Blancas. En los alrededores de la ciudad, los palacios que antaño fueron de las familias de la nobleza también organizan sus programas veraniegos en los pequeños teatros y salas de concierto.

Los 4,5 millones de petersburgueses aprovechan cuanto pueden estas fechas privilegiadas, pues si la vida en general es dura en Rusia, encima el invierno aquí es extremadamente riguroso. Las muchachas, de belleza muy admirada por los forasteros, y de porte digno, fruto de años de escuela de ballet, lucen las piernas más largas del Hemisferio Norte. En septiembre, las microfaldas dan paso a esos abrigos paletó que cubren desde las orejas casi hasta los tobillos. En lo más crudo del invierno, las temperaturas bajan fácilmente hasta los 25 grados bajo cero. Al final de la jornada laboral, muchos empleados salen de las oficinas corriendo, no andando, hasta la boca del metro, del autobús, el trole o el tranvía –esta ciudad es horizontal y todo el mundo vive lejos de todas partes–. (...) Así pues, la gente más sensata va de la oficina a casa, y viceversa, deprisita, bien calada la gorra con orejeras o chapka, las botas y guantes forrados de lana, de manera que sólo asome la goteante nariz. Si ésta tiende a helarse hay que frotarla con nieve.



SAN PETERSBURGO *Invierno y verano en la "Venecia del Norte"*

La capital literaria de Rusia

Con sus canales y sus palacios, San Petersburgo es la ciudad rusa más europea. También la más literaria: Pushkin, Tolstoi, Dostoievski o Nabokov la homenajean en sus obras. En verano, la estación de las noches blancas, e incluso en el crudo invierno de 25 grados bajo cero, la visitan en peregrinación artística miles de turistas cada año.

EL ARCA RUSA Viajeros y observadores, literatos y redactores de guías han retratado la ciudad como un espacio irreal, artificial, abstracto, concebido menos para ser habitado que como un decorado fastuoso sobre el que representar el poderío de los zares y la riqueza de Rusia. Para esta tarea suntuaria y diplomática, la estación ideal es el invierno. En las fachadas de los colosales palacios que parecen flotar sobre el río alternan las columnas blancas con los paneles de color verde, amarillo, dorado, azul o granate, pigmentos que resplandecen alegremente como una franja encendida entre la nieve blanca y el cielo gris.

Especialmente los cinco palacios que conforman el complejo del Ermitage. Tiene mucho sentido que el cineasta Sokurov haya ambientado su celebrada película sobre el pasado ruso en 30 de las 300 salas del que fue Palacio de Invierno de los zares, y que ahora es uno de los dos o tres museos mejores que hay en el mundo, y tiene sentido que la haya titulado precisamente *El arca rusa*, pues es en esos palacios junto al río Neva donde se conservan, como especies protegidas en un arca, las colecciones de arte y los recuerdos de las personalidades fastuosas a los que puso fin la revolución. Después llegó el diluvio interminable, sobre el que navega cabeceante el arca, llena de fantasmas y de cuadros venerables de agrietada tela: "Todo ese ayer ante el que hoy me inclino". Así que el que rinde una visita breve a San Petersburgo no se rompe los cuernos decidiendo cuál es la primera visita a realizar. Se dirige al Ermitage y pasa el día entre sus colecciones, como otro personaje secundario de *El arca rusa*, de la que puede adquirir una copia en DVD en la tienda de souvenirs.

Lo que rodea al Ermitage, o sea, San Petersburgo y sus alrededores –Pushkin (antes Tsarskoie Selo), Pavlovsk, Petrodvorets (Peterhof), Lomonossov, Gatchina..., localidades situadas alrededor de la ciudad, en un radio de 40 kilómetros, crecidas en torno a palacios y residencias veraniegas que fueron propiedad de los zares y de sus familiares, entre bosques y lagos–, constituye una excepción en el mundo: lo habitual es que una ciudad se vaya levantando y transformando a base de sumar y restar, edificar y derribar, al albur de los estilos, el gusto y las modas de las sucesivas épocas. Esta, en cambio, es un producto armonioso, coherente y uniforme del siglo XVIII, gracias a los déspotas ilustrados que rigieron Rusia durante ese siglo: Pedro, Isabel, Catalina II y Alejandro I. Los palacios de la Nevski y de las orillas del Neva tienen una altura uniforme: las familias de la nobleza fueron obligadas a trasladarse allí desde Moscú y a construir sus mansiones según los criterios de los mejores arquitectos italianos e italianizantes y normativas estrictas.

LA CIUDAD DE PEDRO EL GRANDE Su historia empieza hace trescientos años, en el año de 1703: el zar Pedro el Grande regresa de sus largos viajes de formación por Europa Occidental deslumbrado por su progreso técnico y por el dinamismo de sus ciudades, y decide erigir una nueva capital para su imperio; una capital moderna, de piedra, europea y cosmopolita; una nueva capital contra Moscú la medieval, oriental, tradicional y de madera. Eligió el peor asentamiento posible, en el golfo de Finlandia, en el delta del Neva, donde se producen las marismas más insalubres y propicias a las crecidas e inundaciones. Quiso que por la nueva ciudad se circulase por canales, como en Amsterdam, o como en la Venecia que había admirado en cuadros y estampas –pero sin percatarse de que en San Petersburgo estarían congelados e intransitables durante buena parte del año–. El despropósito, la machada, costó las vidas de albañiles, leñadores, picapedreros y transportistas; cuántos, no se sabe: unos cuantos, 100.000 o 300.000, según las diferentes versiones de una leyenda urbana que ve en San Petersburgo una ciudad impía y condenada, o la constatación del tiránico y piramidal orgullo de Pedro, modernizador de un pueblo al que despreciaba.

El primer edificio de la ciudad fue la fortaleza de Pedro y Pablo, y dentro de ella la basílica, que en sus volúmenes dieciochescos, en sus naves airosas e iluminadas, tan diferentes de las iglesias ortodoxas tradicionales, es una declaración de los principios europeístas del fundador. La basílica es también una necrópolis de alto standing: se pasea entre los sarcófagos de los sucesivos zares –dispersos por la nave, de mármol blanco, sin más adornos que las águilas bicéfalas en las esquinas–; en una capilla aparte se ha incorporado el modesto mausoleo que reúne las reliquias de Nicolás II, las de su familia y de sus criados, asesinados en 1917 en Ekaterimburgo, al otro lado de los Urales, y recientemente exhumadas.

Las calles están llenas de memoriales de la vida de autores como Pushkin, Gogol, Tolstoi, Dostoievski, Nabokov, y son escenario de sus novelas y poemas: ésta es la capital literaria de Rusia, que es como decir que es la capital literaria del mundo ✺

* *El Semanal/EPS*